

Alcalde de Alicante D. Luís Barcala
Señoras y Señores
Amigos de Alicante

Perdonad la familiaridad con la que me dirijo a vosotros, pero tengo convincentes razones. He venido con frecuencia a esta maravillosa ciudad, por trabajo y por placer, con la radio y los poetas, y la primera vez que la visité me topé con esta frase: *“Alicante es una ciudad amable y acogedora en la que es prácticamente imposible no hacer amigos”* No sé si la leí en un folleto turístico o pertenece a uno de los grandes escritores alicantinos, pero esta frase es una verdad como un templo, o para ser más precisos, es una verdad tan real como una Catedral.

En honor a esta implícita y mutua amistad, me habéis impuesto el deber y el privilegio de ser pregonero. La verdad es que durante más de cuarenta años he emitido un pregón diario desde alguna emisora. Cada mañana, después de dar los Buenos Días España, pregonaba lo que estaba sucediendo en nuestro mundo, en nuestro país, en nuestra ciudad, en nuestro barrio. Pero la amistad es exigente, y esta vez me consta que os hace ilusión que me convierta en pregonero de vuestra Semana Santa. Ahí es nada. La Semana más Santa del año.

La palabra en la radio funciona como el trigo que lanza al voleo el sembrador. De esta sencilla acción hay una bellísima alegoría en el Evangelio. El sembrador arroja al aire la semilla, y los granos emprenden diversas aventuras: unos caen en el camino, otros entre zarzas, y otros en tierra estéril.

De la misma forma, la radio lanza al aire su mensaje y a veces cae en la tierra fértil de un público atento y activo que participa; en otras ocasiones cae entre las zarzas de oyentes que no escuchan, cuando no en el hollado sendero de la indiferencia o en el desierto del olvido.

Con la osadía más propia del neófito que del experto, desearía que la semilla de este pregón no cayera exclusivamente en la tierra abonada de los muchos alicantinos que viven en toda su plenitud los hechos religiosos que conmemora su Semana Santa, sino que también alcanzara a otros menos propicios y fértiles.

Permitidme, por tanto, que aborde este pregón en forma de círculos concéntricos, como las ondas del agua o, por decirlo de una forma más cercana a mi profesión, como las ondas hertzianas que transmiten la voz de la radio por toda nuestra geografía.

Podríamos partir, por tanto, de la onda más lejana, del círculo más ajeno al perfil religioso de estos días. Podríamos comenzar por la Primavera.

La Semana Santa, con su colofón del Domingo de Pascua Florida, es la gran Fiesta de la Primavera, uno de los cuatro grandes ciclos festivos del año, ligados al comienzo de las cuatro estaciones que la humanidad, con distintas variantes, viene celebrando casi desde sus inicios.

De ahí nacieron las cuatro grandes fiestas anuales, coincidentes con los cuatro elementos básicos de la Naturaleza: fuego, tierra, aire y agua, y relacionados a la vez con las cuatro Estaciones del año. El Verano, con la noche más corta del año, es el motivo de las Fiestas de San Juan, relacionadas con el mito del fuego, como bien sabéis por vuestras impresionantes Hogueras. El Otoño es el mejor momento para celebrar un homenaje a la fertilidad de la tierra, y de ahí las fiestas de la Vendimia, con San Mateo como patrón. El Invierno es el prólogo a las fiestas navideñas y al año nuevo, y son fiestas vinculadas al mito del aire, que hace volar con rapidez las hojas del tiempo. Y finalmente la Primavera, fiestas en torno al agua, fiestas de purificación: atrás se deja el frío y duro invierno y hay que prepararse para recibir, limpios de alma y cuerpo, al esplendor de la primavera. No es la primera vez que el agua se convierte en protagonista y aparece en forma de lluvia

anulando procesiones; esperemos que este año respete la Semana Santa y llueva antes o después, porque ese es también su tiempo.

En primavera los judíos celebran la Pascua, y los cristianos la incorporaron también a su calendario litúrgico. La Pascua significa Paso, y conmemora el paso de los judíos por el Mar Rojo en busca de la tierra prometida. En honor a este Paso, saludamos a una estación de paso: la Primavera, la que según Lope de Vega **siembra amores en campos de almas**.

La Primavera es la estación del comienzo. Todo se inicia en este tiempo. Con razón las antiguas leyendas afirmaban que Dios creó el mundo en Primavera. La liturgia cristiana nos cuenta que Jesús fue concebido en Primavera, el 25 de marzo, nueve meses antes del día de Navidad.

Y también sitúa en primavera la pasión, muerte y resurrección de Jesús. El inicio y el fin, el prólogo y la conclusión, el ciclo y la culminación de la vida. La Primavera no es sólo una estación de paso, es una estación apasionada, por eso la Semana Santa es la Semana de la Pasión.

La pasión es el sentimiento más humano, más intenso y más lúcido que podemos experimentar en nuestra vida. Bajo el ropaje religioso de estas fiestas late el misterio de la pasión humana, el brote de las emociones, los sobresaltos del corazón. Estos días se integran en el calendario como el mejor homenaje que podemos hacer a la madre de todos los sentimientos. Como afirmaba Paul Morand: **la pasión es el viaje del corazón**.

Decir pasión es decir corazón. De la misma forma que decir corazón es decir cerebro. En este mundo obsesionado por la tecnología, por los avances de la ciencia, por los grandes retos del intelecto, en definitiva, en este tiempo en el que se mitifica el cerebro, bueno es hacer una pausa y cantar las alabanzas de la pasión humana, ese impulso que como decía Jaime Balmes **“corre**

sin cesar en pos de ilusiones, persiguiendo sombras, buscando una satisfacción que nunca encuentra, esperando una dicha que jamás llega”.

El hombre es un animal que busca, un ser en camino. Nos pasamos la vida como peregrinos en busca de la felicidad, aunque ello, para los escépticos, signifique que vamos detrás de la utopía. ¿Y qué importa? Tendríamos que tener el corazón rebosante de alta mar, de ese mar que abraza a esta ciudad y la hace suya, y apostar por el viejo dicho marinero: **“Vivir no es necesario, navegar es necesario”.**

Necesitamos la utopía. La buscamos aquí y allá, en el libro de la memoria, en el jardín de las evocaciones, en la sinfonía de los recuerdos, en el bosque de las esperanzas, en el horizonte inalcanzado del futuro. La buscamos en el alma del paisaje y en el paisaje del alma, en las tinieblas del corazón y en el corazón de las tinieblas.

En este peregrinaje, la pasión es la brújula que nos guía. El conocimiento no servirá para mucho, porque la aventura del vivir no siempre casa con las enrevesadas construcciones del pensamiento. Como bien avisaba Jacinto Benavente, **“si la pasión no pasara alguna vez por las almas, ¿qué valdría la vida?”.** Poco puede la lógica ante el clamor desenfrenado de la pasión, que ya nos lo apunta el dicho popular: *El corazón tiene razones que la razón no entiende.*

Es el misterio de la pasión humana, lo que se celebra, en primera instancia, en esta Semana Santa, y está implícito en los hechos que describe la historia. Un historiador ajeno a las devociones nos diría que esta semana rememora unos hechos concretos que sucedieron más o menos en el año 32, relatados de forma periodística por los Evangelios, que narran los últimos días en la vida de un judío de Nazareth llamado Jesús. Para el creyente,

fue la Semana Santa, para el protagonista de la historia fue la Semana de la Pasión.

En solo una semana nunca se concentraron tantas pasiones, tan diversas, tan dispares, tan contradictorias. El protagonista de esta crónica, Jesús, saboreó el domingo de Ramos las mieles del éxito y fue aclamado como el Mesías prometido.

En los tres días siguientes se enfrentó con los poderosos y se granjeó terribles enemigos. El jueves recibió el consuelo de la amistad, en una cena íntima con los suyos. Pero antes de levantarse de la mesa sufrió el amargo sabor de la traición, engañado por Judas, uno de sus doce mejores amigos, para ser más tarde abandonado por el resto.

Acosado por la negra sombra de la soledad, se retiró a meditar con un sentimiento de total abandono al Huerto de los Olivos y allí fue detenido por los soldados que le buscaban.

Después, como sabéis, fue sometido a un juicio ilegal y, a pesar de que no encontraron ninguna culpa en él, fue torturado, azotado, coronado de espinas y condenado a muerte por el mismo pueblo que unos días antes lo había aclamado como profeta en su tierra. Condena a muerte en la cruz, el suplicio más bajo y despreciable de todos, reservado para los esclavos, los indeseables, los asesinos, lo más despreciable de la sociedad.

Es la Cruz el símbolo que define al cristiano. Lo que antes era sinónimo de esclavitud se convirtió en el emblema de la liberación, gracias al misterio de esta Santa Semana, donde confluyeron todas las pasiones: Del triunfo al fracaso, de las palmas a los azotes, de la fama a la soledad, de la amistad a la traición, de la serenidad al dolor, de la compañía al abandono, de ser profeta en su tierra para terminar condenado a muerte.

A quienes viven esta Semana Santa con ojos de turista curioso, y a quienes se emocionan con devoción, hay que pregonarles que ésta es la Semana Santa de la Pasión, apasionada y apasionante, que nos invita a dejarnos zarandear por la sensibilidad que derraman sus noches tibias de primavera, y es desde ahí, desde la sintaxis del corazón, como comprenderemos mejor el lenguaje de nuestras procesiones, que es el mismo que el de los sentimientos, porque a través de sus sagradas imágenes nos narra la historia real de un Dios que comprende la caída y el ascenso, la agonía y la cumbre, un Dios que da sentido al dolor humano de cada día y nos propone con su gesto un camino de ida y vuelta: Él desciende hasta el sentimiento humano más profundo, para que nosotros subamos con él a las alturas de su gloria.

Cerrando más el círculo, podemos afirmar que para el cristiano, la Semana Santa es la celebración del paso del Antiguo al Nuevo Testamento, que conlleva una concepción radicalmente distinta de la divinidad y, consecuentemente, de la religión, que es la relación del ser humano con el misterio de su Dios. Una lectura atenta de la Biblia nos revela la extraordinaria mutación que en sus páginas se opera en su principal protagonista: Dios. El Yaveh de los judíos, el Dios de la antigua alianza, queda retratado en el Antiguo Testamento bíblico como un Dios justiciero que, encerrado en su cielo, castiga la maldad de los hombres con un diluvio y refrena el vicio de las ciudades convirtiendo a sus habitantes en estatuas de sal, y también se presenta ante la faz de los hombres como un Dios elitista que, de todos los pueblos que ha creado, elige exclusivamente a uno, el judío, para salvarlo de la perdición.

El Dios del Antiguo Testamento incita a la adoración, no exenta de temor. A su vez, la mitología griega y romana está llena de dioses henchidos de poder, pero también saturados de vicios, dioses caprichosos y despóticos que, aburridos de su estancia en el Olimpo, bajan al mundo y adoptan la apariencia humana para jugar con los destinos de los pobres mortales. En ese simulacro de encarnación, los dioses greco-latinos no demuestran amor, sino todo lo contrario.

Bajan de su Olimpo y se disfrazan de seres humanos para seducirlos con el engaño o la traición.

Si leemos con atención lo mucho que nos dejaron escrito los Santos Padres de la Iglesia, desde San Pablo a San Agustín, desde San Buenaventura a Santo Tomás de Aquino, constatamos que la esencia de la religión cristiana se basa en la existencia de un Dios pasional. Y ahí también radica su originalidad. La religión cristiana da un paso adelante y la encarnación de Dios en la figura de Jesús, base de su dogma, no es el acto de un Dios justiciero, ni la crueldad de un Dios caprichoso, sino el resultado de un acto de amor, de un pacto de sangre con un Dios apasionado. El Dios cristiano ama tanto a sus criaturas que se hace como ellas, de la misma forma que el enamorado quiere penetrar en la persona amada. El Dios cristiano es un Dios enamorado. **Dios es amor**, afirmó en una de sus cartas San Pablo, el apóstol, en los primeros años del cristianismo, para desglosar después una de sus más hermosas definiciones: **“El amor, dijo, es paciente, es benigno, no es envidioso, no es fanfarrón, no es soberbio, no es descortés, no es interesado, no se irrita, no piensa mal, no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad: el amor lo excusa todo, lo cree todo, lo acepta todo, lo espera todo”**.

Palabras que nos recuerdan los versos de Lope de Vega, el Fénix de los Ingenios, en su soneto *“Varios efectos del amor”*: **“Desmayarse, atreverse, estar furioso, áspero, tierno, liberal, esquivo, alentado, mortal, difunto, vivo, leal, traidor, cobarde y animoso. No hallar, fuera del bien, centro y reposo, mostrarse alegre, triste, humilde, altivo, enojado, valiente, fugitivo, satisfecho, ofendido, receloso. Creer que un cielo en un infierno cabe, dar la vida y el alma a un desengaño. Esto es amor. Quien lo probó, lo sabe”**.

El Hijo de Dios se hizo hombre para probar estos varios efectos del amor, los sufrió en sus carnes durante toda su vida y más directa y crudamente en la Semana de su Pasión. Creyó que la gloria

del cielo podría caber en el infierno de la tierra, dio la vida y el alma a un desengaño... a ese pueblo que pasó en pocos días de aclamarle como un salvador a condenarle a muerte como un bandido.

Lo hizo todo como un Dios enamorado hasta el infinito de los seres que había creado a su imagen y semejanza. Es el gran misterio del amor, el que celebramos cada año, cuando la primavera nos dice que la Semana Santa ha venido, y sólo el corazón sabe cómo ha sido.

El primer mensaje de la Semana Santa, el más humano, en el que pueden confluír creyentes y agnósticos, es el mensaje del corazón. Iluminar la existencia humana con relaciones donde prime la solidaridad, bien lejos del perfil de una sociedad que, temerosa de su futuro, promociona la agresividad convirtiendo la convivencia pacífica en un sangriento rosario de guerras, devaluando sobremanera el tesoro de la vida humana.

En este mar desatado de violencias el mensaje de esta Semana Santa nos anima a navegar a contracorriente, a olvidar el deterioro que el ser humano hace de su propia condición.

Difícil lección que nos toca aprender, la lección del corazón, en clara oposición a los mensajes que cotidianamente recibimos. Vendría bien aprovechar estos días para olvidar el progresivo deterioro que el ser humano hace de su propia condición, ese afán de devorarnos los unos a los otros, que hizo pronunciar al filósofo Hobbes aquella definición demoledora: **“El hombre es un lobo para el hombre”**.

En ese mar desatado y violento en el que navega nuestro mundo, no estaría mal que aprovecháramos estos días para aprender a querernos un poco más, a ser menos lobos los unos con los otros y tomar buena nota de la lección magistral impartida por quien puso su cerebro al servicio de su corazón, apostando por los demás, a pesar de las traiciones y las decepciones.

Estrechando más el círculo, encontramos a los alicantinos que viven la Semana Santa desde la fe, que encuentran en estos días el fervor y la devoción para sentirse algo mejor.

Estamos en una ciudad con un carácter único. He comprendido que esto de ser alicantino no sólo es una condición; es también una actitud. Es una esencia y, a la vez, un comportamiento. Una forma de ser y de ejercer y, a la vez, una forma de vivir y de sentir.

Si yo fuera un alicantino de toda la vida y viniera un amigo de fuera a preguntarme por la Semana Santa de Alicante, lo primero que le contaría es la alegría de los niños en la procesión del paso de “La Burrita” el domingo de Ramos, 5 de abril.

Y de paso, le comentaría que tendríamos que aprender a dar marcha atrás en el tiempo y buscar entre la sinfonía inacabable de los recuerdos aquella infancia con todo su cargamento de ilusión, inocencia y capacidad de sorpresa. Jesús lo decía muchas veces: *“Si no os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos”*. Y no deja de ser hermoso comprobar cómo la Semana Santa en Alicante comienza así, con la riqueza entusiasta de la infancia recobrada.

Siguiendo la narración, a mi amigo forastero le diría que en Alicante puede encontrar todos y cada uno de los momentos que relata el Evangelio: El Lavatorio, la Oración en el Huerto, El Beso de Judas, La Sentencia, Jesús Despojado de sus Vestiduras, Los Azotes, La Vía Dolorosa con la Cruz a Cuestas, la Caída, las Siete Palabras, El Descendimiento, pero eso sí, las procesiones no siguen un orden cronológico. Solamente la primera y la última tienen el día que les pertenece. El resto está sugerentemente mezclado, donde se funde el ayer, el hoy y el mañana con la santa intención de que el participante cada día tenga una visión completa de los sufrimientos del Nazareno.

Como a mi amigo le gusta lo espectacular, le comentaría que Alicante tiene el paso procesional más grande de España, la Santa Cena, una extraordinaria composición donde están los doce apóstoles con Jesús, en medio de una mesa con auténticas viandas. Pesa más de tres toneladas y lo tienen que llevar doscientas personas.

Tampoco me olvidaría de comentar a mi amigo el paso de una santa mujer, la Verónica, que, según cuenta el Evangelio, afligida por el sufrimiento de Jesús, se acercó a enjugarle el rostro ensangrentado con un paño blanco, en el que se quedó fijado milagrosamente el rostro de Cristo.

Se trata de la Santa Faz, una de las reliquias más veneradas del mundo cristiano, que Alicante tiene el privilegio de conservar y se guarda en un Monasterio donde cada año acuden miles de devotos repitiendo como una oración "*Faz Divina, Misericordia*"

Si yo fuera un alicantino de toda la vida, al hablar de las vírgenes que se veneran en las procesiones de Alicante, tendría que contarle a mi amigo que son advocaciones que se complementan. Si hay una Virgen de la Amargura, también hay una Virgen de la Esperanza. Un día rezamos a Nuestra Señora de las Angustias y otro a Nuestra Señora del Consuelo. Hay una Virgen del Calvario, pero también hay una del Socorro. A todos los alicantinos nos acoge Nuestra Señora de la Piedad, María Madre de Misericordia y María Medianera de todas las Gracias. Y contrastando con la Mater Desolata del triste Viernes Santo, tenemos a Nuestra Señora de la Alegría el Domingo de Resurrección. Vírgenes, muchas vírgenes tiene nuestra Semana Santa y todas ellas se resumen en Nuestra Señora del remedio, Patrona de Alicante.

Y, por supuesto, le recomendaría a mi amigo no perderse el emotivo encuentro entre el Cristo de la Paz y María Santísima del Mayor Dolor y comprobar cómo muchos de los presentes lo contemplan con lágrimas en los ojos.

El mar celebra también la Semana Santa, la Virgen de la Soledad, para los alicantinos, es la Virgen Marinera, y la Cofradía de los hombres de la mar tienen su Cristo, tal vez el más popular de la Semana Santa, llamado El Morenet, por el color oscuro de la talla. De la misma forma que al Cristo de la Fe lo llaman El Gitano.

En definitiva, si yo fuese un alicantino de toda la vida, le diría a mi amigo que esta Semana Santa es única, por la multitud de pasos y el fervor que congregan.

Aun así, ésta sublime representación de la Pasión de Cristo, todos los pasos donde el dolor y el sufrimiento son protagonistas, hasta llegar a la muerte en la Cruz, no tienen sentido sin el milagro de la Resurrección. La fe cristiana se basa en ello. Si Cristo no hubiese resucitado, no existiría el Cristianismo; su historia habría sido un enorme fracaso y no permanecería viva y ferviente en la conciencia de tantos y tantos seres humanos.

Hemos afirmado que Dios es Amor. En esta semana, de domingo a domingo, comprobamos que el triunfo humano dura muy poco, enseguida aparece la traición, la soledad, el tormento, la angustia, la desolación, la soledad y la duda. Y estos agónicos sentimientos se precipitan en el pozo negro de la muerte, pero la historia no ha terminado: el sábado se descubre el sepulcro vacío que demuestra que, para el creyente, el amor no es una pasión inútil, el verdadero amor es más fuerte que la muerte, es la puerta del cielo, semilla de la dicha, antesala de la eternidad, pues gracias a él llegamos a la resurrección. Esta es la gran lección cristiana. Dios murió por todos nosotros, para resucitar también con todos nosotros. El cristianismo es la religión de la resurrección y esta realidad le hizo exclamar al apóstol San Pablo: *“Muerte, ¿dónde está tu victoria?”*

Y el 12 de abril, Domingo de Pascua, todas las Cofradías y Hermandades unidas pasean por las calles de Alicante la figura de

un Cristo sin Cruz, pero con los brazos abiertos, con deseos de abrazar a todos y decirnos que siempre estará con nosotros.

Hay otro círculo más estrecho aún que el del creyente, y es el de los alicantinos que pertenecen a las hermandades y cofradías que organizan las procesiones de estos sagrados días. Para ellos, todo el año es Semana Santa, porque nada más terminar una, están pensando en la siguiente, trabajando duramente, sacando tiempo al tiempo, ensayando una y otra vez, haciendo lo posible y lo imposible para que los pasos de su Cofradía sean los más vistosos, los más cuidados, los más devotos, los más fervientes.

Para estos hermanos y cofrades no hace falta que venga alguien, aunque sea el Papa, a pregonarle su Semana Santa, ellos llevan ya en su corazón el pregón perfecto, se lo saben de memoria, y cumplen con exactitud sus consejos y preceptos.

Permitidme que, desde mi condición de forastero, me una a vuestros sentimientos y comparta vuestro inagotable entusiasmo.

Con este deseo quiero finalizar mi encargo de pregonero, confiando en que las cofradías que este año salen en procesión, impregnen el espíritu de todos aquellos que tienen el privilegio de vivir en esta ciudad nacida para el diálogo y la reflexión, para la emoción y la sensibilidad, esta ciudad traspasada de mar, embriagada de luz, joya de levante, millonaria de emociones, esta querida ciudad de Alicante, que tiene la irresistible virtud de robarle a uno el corazón.

Termino mi pregón con un famoso soneto a Jesús Crucificado escrito por un gran poeta de nuestro Siglo de Oro que quiso permanecer en el anónimo. Esta poesía condensa perfectamente la verdadera esencia de la Semana Santa. Dice así:

*No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,*

*ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.*

*Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una Cruz y escarnecido,
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.*

*Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo yo te amara,
y aunque no hubiera infierno te temiera.*

*No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.*

Gracias amigos.
Gracias Alicante.
Feliz Semana Santa.

Luís del Olmo